

EL APRENDIZ DE DOMA ESPAÑOLA

MEMORIAS DE UN CABALLISTA

PACO DUARTE

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
1. TOMA DE CONTACTO	9
2. MOZO DE CUADRA	19
3. ORIGEN DE LA DOMA ESPAÑOLA.....	29
4. LA ELECCIÓN DE UN POTRO PARA LA DOMA ESPAÑOLA	43
5. EL TRABAJO DE UN POTRO A LA CUERDA.....	55
6. EL JINETE A LA CUERDA.....	69
7. EL CINCHUELO Y LA MONTURA EN EL POTRO.....	77
8. EL JINETE CON EL POTRO A LA CUERDA.....	87
9. LOS VALORES DE UN JINETE	99
10. EL POTRO SIN LA CUERDA.....	105
11. EL PICADERO Y SUS FIGURAS	117
12. EMPIEZA LA BAJA ESCUELA.....	125
13. UN PASEO POR EL CAMPO	141
14. EL TROTE DE ESCUELA, EL PASO CASTELLANO Y EL GALOPE DE CAMPO	157
15. UN AÑO POR DELANTE	171
16. FINALIZANDO LA BAJA ESCUELA EN EL CAMPO	185

17. OBSERVANDO A LOS CABALLOS EN LAS PISTAS.	201
18. COMIENZA LA ALTA ESCUELA Y LA DOMA DE CAMPO. LOS CAMBIOS DE PIE.	213
19. EL PASO ESPAÑOL Y LA PIRUETA INVERSA EN TRES REMOS.	225
20. LA PIRUETA AL GALOPE Y LA VUELTA SOBRE LAS PIERNAS.	237
21. ARREAR, PARADA A RAYA Y ARREMETIDA.	247
22. PASSAGE Y PIAFFÉ.	259
23. MARTINGALAS, VICIOS Y RESABIOS.	271
24. LA DOMA MAGISTRAL.	281
25. PSICOLOGÍA ECUESTRE.	293
26. AIRES ALTOS Y RIENDAS LARGAS.	303
27. JUEGOS Y FINALIDADES DE LA DOMA ESPAÑOLA DE AYER Y DE HOY.	317
28. LA RELACIÓN ENTRE EL PROFESOR Y EL ALUMNO.	331
EPÍLOGO.	345
AGRADECIMIENTOS.	347

1. TOMA DE CONTACTO



Yeguada Dehesa de Cabeza Rubia.

Me encontraba parado y sin trabajo. Toda mi ilusión era trabajar con caballos; me pasaba todo el día pensando en ellos, en cómo cuidarlos, limpiarlos, y sobre todo aprender a domarlos, pero por el momento lo único que tenía eran diferentes libros y revistas sobre caballos que llenaban la estantería de mi habitación.

Siempre que tenía oportunidad, cuando era feria me acercaba a ver los paseos a caballo que se realizaban en mi pueblo. Miraba a los caballos soñando que algún día podría poseer uno para disfrutar y conseguir hacer con él lo que en los libros de equitación leía.

Me llamo Juan López. Soy un joven de dieciocho años, moreno, de mediana estatura y complexión atlética, de familia humilde pero con saber estar cuando trato con gente de distinta clase social.

En una boda familiar coincidí con mi tío Rubén. Este me preguntó:

—¿Qué tal andas de trabajo, sobrino?

—Mal. En todas las entrevistas de trabajo me dicen lo mismo, que no tengo experiencia. ¿Cómo quieren que tenga experiencia si no me dan una oportunidad?

—Tienes razón. La cosa está mal. En la empresa donde trabajo, mi jefe está buscando un joven para trabajar de pastor. ¿Te interesaría ese trabajo?

Me quedé pensativo. Cuidar ovejas no estaba en mis pensamientos, pero no tenía otra opción, así que contesté:

—Probar y ver las condiciones no estaría mal.

—Lo único que te puedo decir es que te tienes que quedar en el campo; está a más de trescientos kilómetros de aquí. Y ayudar cuando haga falta en las tareas a los otros empleados, como ellos te ayudarán a ti cuando sea necesario.

—Por eso no hay problema; ya sabes que me gustan tanto las ovejas como los cerdos o las vacas.

—No, Juan, me refiero en las tareas de la yeguada que hay dentro de la finca.

Al oír que allí había una yeguada se me abrieron los ojos tres cuartas, por la alegría que me daba el poder estar cerca de caballos.

—¿Sabes, tío Rubén, que mi pasión son los caballos? Por probar no se pierde nada; dime qué tengo que hacer.

Mi tío me escribió la dirección de la finca ganadera junto con un número de teléfono.

—Este es el número de mi jefe. Llámalo y le dices que vas de mi parte, pero dile que es por el empleo de pastor; mira que este hombre tiene muchas cosas en la cabeza y lo mismo te dice que te has equivocado.

—Muchísimas gracias, tío. Mañana lo primero que haré será llamarlo. Hoy es domingo y estando de boda, como que no es plan.

—Sí, es mejor mañana; no creo que en estos dos días haya encontrado a nadie.

Intenté pasar el día en familia lo mejor que pude, pero no era capaz de quitarme de la cabeza la idea de encontrar trabajo y además estar cerca de caballos.

A la mañana siguiente me levanté, desayuné y, sin decirles nada a mis padres, salí a dar un paseo. Cuando me sentí mucho más relajado me decidí a llamar al jefe de mi tío.

—¿Don Gregorio Pérez? Hola buenas. Mire usted, mi nombre es Juan y le llamo de parte de Rubén López. Es mi tío.

Desde el otro lado del teléfono me contestó una voz ronca y segura. Solo de escucharlo sentí un gran respeto hacia él.

—Sí, dígame de qué se trata.

—Mire usted, ayer estuvimos de boda juntos y me comentó que necesitaba un pastor.

—Cierto. ¿Tienes experiencia con ovejas?

—En casa siempre hemos tenido ocho o diez ovejas para que se comieran las malas hierbas de un pequeño campo que tenemos.

—A ver, lo primero que quiero saber es si sabes de ovejas, después si estás dispuesto a quedarte en el campo, y si tienes familia. Claro, y si te conviene el sueldo, evidentemente.

—Tengo dieciocho años y no tengo ni novia, no me importa quedarme en el campo y, sobre saber de ovejas, nadie nace aprendido, pero le pondré empeño y ganas. En lo referente al sueldo, usted dirá.

—Bien, parece que puedes reunir las cualidades que necesito. ¿Sabes dónde está la ganadería?

—Sí, señor. Mi tío me lo apuntó.

—Bien, entonces ¿qué te parece si mañana quedamos sobre las doce en el cortijo y concretamos mejor personalmente?

—Me parece buena idea. Muchas gracias, don Gregorio. Mañana estaré allí.

Tras acabar la conversación no sabía qué hacer, era un manojo de nervios. Solo pensar en que tendría trabajo era motivo

para estar muy alegre. Corrí a mi casa y les conté todo lo sucedido a mis padres.

Mis padres estaban muy contentos y orgullosos por mi posible nuevo empleo y me felicitaron y desearon mucha suerte.

Era el primer viaje largo que hacía después de sacarme el carnet de conducir. Cogí mi viejo coche, uno que me había comprado con unos ahorros que tenía guardados.

Desde mi tierra natal (situada entre el norte de Cáceres y el sur de Badajoz) a la finca de don Gregorio había una distancia de unos trescientos kilómetros. La mayor parte del trayecto lo hice por autovía, pero a unos cincuenta kilómetros de mi destino cogí un desvío por una carretera secundaria. El paisaje cambió por completo; estaba todo muy poblado de encinas y las fincas se dividían perfectamente por unas paredes de piedras donde pastaba tanto ganado vacuno, como cerdos y ovejas.

Sobre las once de la mañana ya me encontraba en la puerta de la finca. Mereció la pena madrugar. Al no conocer la carretera ni el lugar no quería hacer esperar a mi entrevistador.

No cabía duda: estaba en la puerta de la finca. Era la entrada más grande, bonita y recién pintada de todas cuantas había visto desde la carretera. Entré por un ancho, llano y limpio camino que llegaba hasta las puertas del cortijo. Habría recorrido no más de quinientos metros cuando paré mi coche junto a otros que había estacionados y me bajé a ver si encontraba a alguien que me pudiese informar de dónde se encontraba don Gregorio.

Se me acercó una persona mayor, de estatura mediana y piel curtida, declarando por su aspecto que su vida había transcurrido a la intemperie, en el campo.

–Hola, joven. ¿En qué puedo ayudarle? –me dijo, mientras se acercaba a mí.

–Hola, me llamo Juan López y he quedado con don Gregorio para una entrevista de trabajo.

–Yo me llamo Luis García –me dijo mientras me extendía la mano derecha para saludarme–. Don Gregorio le está esperando en el patio del cortijo.

Me dirigí al patio del cortijo y allí se encontraba don Gregorio. Era un hombre alto de complexión algo gruesa y mirada seria que imponía respeto.

–Buenas, don Gregorio. Soy Juan López. Hablamos ayer por teléfono y quedamos a esta hora.

–Sí, recuerdo; te estaba esperando. ¿Qué tal el viaje?

–Muy bien, la verdad. Es que había poco tráfico y como no conocía esta parte de Extremadura venía contemplando el paisaje y se me ha hecho corto.

–Me alegro, bien. Esta es la finca donde necesito un pastor. Son unas pocas ovejas de raza merina que he adquirido hace poco y con los dos pastores que parecían interesados no acabé entendiéndome por dos razones: el primero no quería quedarse en la finca y el segundo no quería ayudar a Luis con sus tareas. Creo que ya le has conocido, estaba en la puerta.

–Por mi parte, quedarme no es ningún inconveniente, siempre que la casa sea modesta, y en lo referente a ayudar al señor Luis, ¿en qué consistiría?

–Consistiría en ayudarle en las tareas que tiene que realizar con los caballos. Por su edad no quiero que le suceda nada cuando tiene que llevar a cabo ciertas labores.

Al escuchar que ayudar al señor Luis significaba estar con los caballos no pude ocultar una emoción tal que don Gregorio se dio cuenta y me preguntó:

–¿Te gustan los caballos?

–Mire usted, don Gregorio, si le soy sincero, el elegir el trabajo de pastor fue porque mi tío me dijo que en esta finca había una yeguada, y para mí el estar cerca de estos animales ya es motivo suficiente para aceptar el trabajo.

–Me alegra tu sinceridad, y por eso, si lo prefieres, te ofrezco a que pases a trabajar directamente con los caballos bajo las órdenes de Luis. ¿Qué te parece?